



Movimiento Apostólico de Schoenstatt
Rama de familias
AÑO 3



**Schoenstatt,
hacer el camino en grupo**

Tema 6

**Profundización del quinto paso
del amor.**

Objetivos:

Profundizar en la aceptación de las cruces que conlleva el verdadero amor y el significado de ellas.

Desarrollo de la reunión:

Oración Inicial:

Motivación:

Como ambientación se sugiere leer estos pensamientos de la Madre Teresa de Calcuta

“En el momento de la muerte, no se nos juzgará por la cantidad de trabajo que hayamos hecho, sino por el peso del amor que hayamos puesto en nuestro trabajo. Este amor debe resultar del sacrificio de sí mismos y ha de sentirse hasta que duela.”

“Cuanto menos poseemos, más podemos dar. Parece imposible, pero no lo es. Esa es la lógica del amor.”

“Sé bien y lo saben cada una de mis hermanas, que lo que realizamos es menos que una gota en el océano. Pero si la gota le faltase, el océano carecería de algo.”

“La paz y la guerra empiezan en el hogar. Si de verdad queremos que haya paz en el mundo, empecemos por amarnos unos a otros en el seno de nuestras propias familias. Si queremos sembrar alegría en derredor nuestro: “precisamos que toda familia viva feliz”

Dinámica:

Se dejan 10 minutos para que cada uno medite y conteste por escrito las siguientes preguntas. Al final se comparte unos 30 min en diálogo matrimonial.

Preguntas:

- ¿Qué dificultades o cruces ha puesto Dios en nuestra vida conyugal o familiar? - ¿Cómo las hemos sobrellevado?
- ¿Nos han servido para crecer y madurar en nuestro amor?
- ¿En qué se ha manifestado este crecimiento?
- ¿Las he ofrecido por la santificación de los míos, del mundo?
- ¿Qué cruces quisiera hoy ofrecer por los míos?
- ¿Por quién de ellos?

Se concluye entregando a cada pareja una imagen de la cruz de la unidad. El jefe o el guía termina con una oración, en la que deja un momento de silencio para que cada uno ofrezca la cruz que el Señor le pide llevar, por alguien determinado. Para terminar todos rezan:

*En Cristo Jesús
nos ata un estrecho vínculo; estamos profundamente unidos
en sus santas llagas;
nosotros somos sus miembros,
él la única Cabeza.
Si en el ser y en la vida
nos asemejamos a Cristo,*

*podremos extendernos las manos unos a otros.
La santidad de uno favorece a todos a través de la sangre del Señor.*

Contenido:

PASOS DEL AMOR

Hemos estado comparando el desarrollo de nuestro amor conyugal con los pasos del amor a Dios. Dijimos que el primer paso era vencer el pecado grave, el segundo vencer el estado de mediocridad o tibieza, el tercer paso superar las imperfecciones, y el cuarto paso el buscar hacer la voluntad de Dios, lo que en Schoenstatt llamamos entrega en el espíritu del Poder en Blanco.

Ahora nos detendremos en el 5o paso del amor a Dios, que significa estar dispuesto a todo lo que el Señor quiera, específicamente a las cruces que El nos tiene previstas en nuestra vida, pues sabemos que no hay paso por esta tierra sin cruz. El sentido de las cruces en nuestra vida es crecer en el amor. Hay veces que sólo con la experiencia de cruz, Dios logra sacar toda nuestra capacidad de amar, sólo así logra desinstalarnos de nuestra comodidad y “zona de confort” y ser capaces de dar lo que de otra forma no daríamos. Sin este crecimiento ni nosotros seríamos plenamente nosotros mismos, ni le entregaríamos a los demás (nuestro conyuge y nuestros hijos en primer lugar) toda la profundidad de nuestro amor. Le decimos un “sí” a ellas porque esas cruces nos harán crecer, nos acercaran a El y nos harán fecundos. Y Cristo nos ha demostrado con su propia vida, que el sentido de la cruz es la Resurrección a la vida plena... Perdemos así el miedo a la cruz sobre la base de una confianza ilimitada en Dios Padre. A este grado de amor, el P. Kentenich lo llama “Inscriptio” o amor a la cruz, amor al Crucificado que es fiel aún cuando está clavado en una cruz.

Si lo comparamos ahora con el desarrollo o maduración de nuestro amor conyugal significa el aceptar positivamente las cruces que nos vienen a través del cónyuge. De hecho en el día de nuestro matrimonio nos comprometimos a acompañarnos en salud y en enfermedad, en los momentos de alegría y de dolor, de cruz y resurrección. Queremos aprender a recibirlas con paz, sabiendo que es una oportunidad de crecer en el amor.

Estas cruces pueden ser: Grandes cruces que pueden venir por una enfermedad, pérdida de un integrante de la familia o alguien muy cercano, dificultades con los hijos, dificultades económicas, etc. Hay realidades muy duras que pueden ser muy difícil de sobrellevar, pero debemos prepararnos para estos momentos de dolor en nuestra vida conyugal. Hasta esta altura tiene que llegar nuestro amor.

También se presentan: Pequeñas cruces, que pueden significar un lento desangrar; pequeñas cruces que provienen de la forma de ser, del carácter de nuestro cónyuge, que exigen a cada uno mirar hacia lo alto y darle otra dimensión a nuestro amor. Nos llevan a descubrir el misterio más profundo del matrimonio:

Comprendemos que, como pareja, conformamos una comunidad salvífica a imagen de Cristo y de María: somos responsables, como pequeña Iglesia doméstica, de la redención de los nuestros. Mutuamente como pareja, somos responsables el uno por la santidad del otro.

En una oración del Hacia el Padre el P. Kentenich reza así:

En Cristo Jesús nos ata un estrecho vínculo; estamos profundamente unidos en sus santas llagas; nosotros somos sus miembros, él la única Cabeza.

Si en el ser y en la vida nos asemejamos a Cristo, podremos extendernos las manos unos a otros. La santidad de uno favorece a todos a través de la sangre del Señor.

Esto significa tomar en serio la responsabilidad por la santidad del otro a través de mis contribuciones al Capital de gracias, a través de mi el y delísimo cumplimiento del deber. Así estoy ayudando a que mi cónyuge sea santo y me hago responsable de su santidad.

Significa que mi cónyuge es camino de santidad para mí y yo lo soy para él. La aceptación de esas pequeñas cruces diarias de nuestro convivir, esas pequeñas cruces que pueden ser producto de la forma de ser de mi cónyuge, tiene un efecto redentor.

Aceptarlas, asumirlas significa transformarlas en un servicio de amor que redunde en santidad mutua. Así adquiere sentido la complementación mutua, el ayudarse y aceptarse mutuamente, el soportarse y sostenerse mutuamente.

Ambos somos responsables de la santidad de nuestros hijos y nietos. Nuestra responsabilidad no termina nunca: “por ellos me santifico”. Así, nuestro amor adquiere una dimensión redentora.

El P. Kentenich en otra oración del Hacia el Padre reza: ***Así el amor a la Familia nos da alas para refrenar con ahínco las malas pasiones y esforzarnos por la más alta santidad, con vigoroso espíritu de sacrificio y sencilla alegría. La santidad propia se torna amor a la familia Es una santidad que se orienta al apostolado y de él vive.***

Nuestro esfuerzo por la santidad adquiere rostro y sentido: el rostro y el interés de los míos, de aquellos que amo. Comprendemos que algo así solo es posible en la fuerza del Espíritu Santo. De otro modo, en nuestra vida conyugal, nunca alcanzaremos esa libertad de los hijos de Dios. Cuando existen problemas, cuando experimentamos las dificultades en nuestra vida, cuando el convivir diario se hace doloroso, allí se prueba y acrisola nuestro amor.

Contribuciones al Capital de Gracias:

Continuar la conversación matrimonial iniciada en la reunión con un nuevo tiempo de meditación y diálogo como matrimonio antes de la siguiente reunión y escribir nuestros “Misterios dolorosos” (Pueden ser 5 como en el Rosario), es decir nuestros momentos de cruz.



Bibliografía:

Leer Material Complementario: “Las Estaciones del Amor”